

## Elegía por Alberto

Alberto,  
hijo mío,  
nombre que aún resuena en las habitaciones  
como un paso que ya no llega  
pero que nunca se ha ido del todo.

Tenías treinta y siete años,  
una edad que no debería saber de despedidas,  
y el tiempo —ese mal administrador de justicia—  
te señaló sin aviso,  
como si el azar tuviera manos  
y las usara sin pudor.

Entraste en un hospital un día cualquiera de diciembre  
y saliste de la vida diez días después,  
con una rapidez que desarma incluso al recuerdo.  
Lo llamaron sarcoma,  
palabra fría, técnica,  
incapaz de abarcar lo que en realidad fue:  
una violencia muda,  
un incendio sin nombre  
que no dio tiempo a comprender.

Desde entonces,  
la casa ya no es solo una casa.  
Es un territorio minado de presencias:  
un objeto, una sombra, un gesto heredado,  
y de pronto estás aquí,  
en un relámpago de memoria  
que duele y al mismo tiempo abriga.  
Porque te fuiste, sí,  
pero también te quedaste  
en todo lo que amé contigo.

Hay recuerdos dulces —dulcísimos—  
que sostienen el alma  
como una mano firme en medio del naufragio.  
Y hay otros amargos,  
afilados,  
que me recuerdan que el amor verdadero  
no se mide por la alegría que da,  
sino por el vacío que deja.

He discutido con Dios en voz baja  
y también a gritos.

Si existe,  
no entiendo su silencio.  
Si podía evitar tu muerte  
y no lo hizo,  
mi fe se vuelve reproche,  
mi oración desafío.  
Desde mi pequeñez humana  
lo maldigo, lo niego,  
y a ratos lo invito  
a llevarme contigo.

Y sin embargo —aunque me duela admitirlo—  
también pienso que la vida  
no distingue,  
no explica,  
no compensa.  
Que reparte la enfermedad  
como quien lanza dados  
sin mirar a quién hieren.  
Y esa idea, tan injusta como desnuda,  
es a veces la única que no miente.

Alberto,  
mi Albertico,  
te has llevado la mitad de mi vida,

pero me has dejado entero el amor.

Y aunque ahora no sepa  
cómo habitar el mundo sin ti,  
sé que mientras yo respire  
tú seguirás existiendo  
en cada recuerdo que me atraviese  
y en cada palabra  
que me niegue a olvidarte.

No sé aún vivir con tu ausencia.  
Solo sé que tu nombre  
no será nunca pasado.

Descansa, hijo mío.  
Yo seguiré aquí,  
aprendiendo lentamente  
a sobrevivir al hecho imposible  
de que un padre  
tenga que escribir estas líneas  
para su hijo.

Miguel Galo Fernández  
31 de diciembre de 2025